



En su mirada

Siempre me ha gustado mirar a los ojos cuando trato con adolescentes a los que debo acompañar en un pequeño fragmento de sus vidas, intentando introducirles en conocimientos que les lleven más allá.

Un día de junio fui llamando individualmente a mis alumnos y alumnas al departamento, aquellos que ansiaban huir de los dieciséis para incorporarse al último curso del instituto. Sin embargo, al hacer pasar a aquella alumna sabía que iba a ser un momento difícil. Sus tres suspensos la condenaban a repetir curso, una decisión siempre dolorosa para un equipo docente y para un tutor.

Fue aquel día en el que toqué de cerca el corazón de la alumna y me empapé de su sufrimiento en el momento en que tomó el boletín de notas y su rostro se descompuso en llantos.

Al tratar de mostrarme cercano para hacerle entender que era lo mejor para ella, todo argumento académico se rompió cuando me dijo que continuamente recibía palizas de su padre y su hermano por sus notas, hecho que pude comprobar en sus lastimados brazos. Estas agresiones formaban parte de su día a día ante la mirada atónita e incapaz de su madre.

Debía hacer algo como docente responsabilizado de esa alumna en horario escolar. Traté de darle seguridad, de animarla y de sugerirle que tomara iniciativas para detener esa desgracia. Pero no supe hacerlo: era una situación que me desbordaba, un escenario para el cual nadie me había preparado.

Logré que se quedara en el centro un rato más para postergar su llegada a casa. Quise llamar a su padre para explicarle el porqué de las notas, pero ella me lo impidió. Barajé la posibilidad de aprobarle mi asignatura para evitar un mal mayor. Busqué a las orientadoras del centro para pedir consejo, mientras que ella trataba de disuadirme en mis intentos.

La última puerta a la que fui a llamar fue la de la máxima autoridad del centro, a la que le planteé el problema. Sus palabras me sumieron en la desesperanza: «No te preocupes, yo he visto muchos casos y se lo suelen inventar, no podemos hacer nada ahí». Al salir resignado del despacho, fijé de nuevo mis ojos en los suyos y ambos supimos que no había mucho que hacer.

Nunca supe si se consumó la agresión y si se perpetuó en el tiempo. Lo que sí supe es que la escuela no siempre resulta ser un espacio acogedor y capaz de resolver problemas. También comprendí que en la mirada de un adolescente se traslucen muchos fantasmas. Y aprendí que los docentes tenemos en nuestras manos a seres frágiles, a menudo con problemas que trascienden los muros escolares.

A ella la vi durante año más, habitando los pasillos del instituto, subiendo y bajando aquellas escaleras que llevaban a mi departamento. En esos súbitos y numerosos cruces siempre había una mirada cómplice, una ligera y tímida sonrisa acompañada de un saludo de alguien que derrama fortaleza.

Néstor Banderas Navarro
Profesor de Geografía e Historia del IES Puçol (Valencia)
nestor.banderas@gmail.com